



EL CAFE TURCO

PEDRO CANO

PEDRO SALINAS Y JORGE GUILLÉN, DOS VOCES A NIVEL



Francisco Javier Díez de Revenga

LOS lectores de Pedro Salinas y de Jorge Guillén, «dos voces a nivel»¹, están de enhorabuena. Súbitamente, cuando ya parecía que todo lo interesante que ambos autores habían escrito estaba ya publicado, se encuentran con unas seiscientas páginas más que añadir a sus escritos, totalmente inéditas, salvo en muy raras y contadas excepciones. La *Correspondencia (1923-1951)*, de Pedro Salinas y Jorge Guillén, que ha reunido y prologado Andrés Soria Olmedo², constituye uno de los acontecimientos bibliográficos más importantes que se han producido en las últimas

décadas, nutridas —como es sabido— de constantes e importantes publicaciones en torno a los poetas del 27.

Hay que insistir, en primer lugar, en que no contábamos con un documento de estas características, cuya profusión y fecundidad no tiene precedentes. Quizá, de los muchos elementos que confluyen en las características elogiadas de esta *Correspondencia*, ninguno hay tan singular como el producido por el hecho de que podamos contar, por lo menos en el espacio correspondiente a un largo período temporal, con las cartas de ambos correspondientes, e incluso llegar a leer cartas con su respuesta una y otra vez, en un ir y venir de ideas y comentarios sobre esas ideas. Porque esta correspondencia recoge las cartas que Pedro Salinas dirigió a Jorge Guillén entre 1923 y 1951 y las que Guillén dirigió a su amigo entre 1937 y 1951, conservadas en la Biblioteca Houghton, de la Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts), junto al famoso «río Carlos» de Dámaso Alonso. Las que Guillén envió a Salinas, antes de que

1 Título este comentario con un conocido verso de Jorge Guillén que Andrés Soria utiliza para titular su introducción al libro que comento.

2 Pedro Salinas-Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, edición de Andrés Soria Olmedo, Tusquets, Barcelona, 1992.

éste marchara, en 1936, a Estados Unidos, se perdieron con los papeles del poeta en Madrid, durante la guerra civil.

El término *Correspondencia* elegido para el título es, sin duda alguna, el adecuado, porque, en efecto, se trata de un epistolario de dos amigos que viven las mismas inquietudes. Son compañeros que comparten, compadecen, coligen, contertulian, conviven, cotejan, convienen, confluyen y, sobre todo, comprenden, además de otras muchas acciones que podríamos citar con verbos cuyo prefijo *cum-* revelan correspondencia y, sobre todo, amistad.

La fortuna y los hados hicieron posibles estas cartas. La buena fortuna —para nosotros, quizá no para ellos— hizo que nuestros corresponsales, que tan amigos eran, no vivieran en la misma ciudad prácticamente nunca. Ese azar bueno los mantuvo siempre separados e hizo, además, que fuesen magníficos escritores de cartas, muy fieles al género e incluso defensores del mismo, papel en el que se destacó Salinas con un texto muy valioso y recordado, insólito en nuestras letras³. Cartas de Salinas ya conocíamos algunas⁴, entre las que se destacan las publicadas por su hija, Solita Salinas de Marichal, que el poeta envió a su novia Margarita Bonmatí en las primeras décadas de nuestro siglo⁵, juveniles muestras de su temprana y fecunda dedicación al género. De Jorge Guillén y de su fervor por el cultivo del epistolario, baste decir que ahora comienzan a conocerse algunas de las muchas que escribió⁶ y que, hasta muy poco antes de morir, ya en 1984, fue respetuoso e incansable corres-

ponsal de todo aquel que a él se dirigía por carta.

Pero la correspondencia que nos ocupa reúne unas condiciones que la hacen diferente y especialmente apreciable. En primer lugar las cartas se hallan presididas por el calor de la amistad y del aprecio mutuo. Buena prueba de ello son muchas de las recogidas en este epistolario, sobre todo algunas presididas por la emoción. Una carta de Salinas, que, dirigida a Germaine Cahen, la mujer de Guillén, cuando ella estaba en Francia durante la guerra civil, muestra su preocupación por el amigo, que aún permanecía en España en la zona nacional, podría ser un ejemplo particularmente entrañable y emotivo, revelador de la temperatura que llegó a alcanzar esta amistad entre ambos corresponsales. Datos y comentarios sobre la familia, los hijos, los progresos de unos y otros, hasta verlos adultos, e, incluso, los primeros nietos, dan idea de que en el fondo de esa correspondencia tan interesante desde el punto de vista literario, transcurren unas vidas humanas que sufren en gran parte de esa correspondencia el exilio y la ausencia, pero disfrutan de la insobornable amistad que duró hasta la muerte de Salinas.

Por encima de lo señalado, con ser acaso más que suficiente para despertar el interés de los lectores, interesan estas cartas como documentos literarios y, de hecho, en todos los encuentros y publicaciones que han tenido lugar en los pocos meses transcurridos desde su aparición, son de obligada cita para apoyar tal o cual afirmación o para justificar una hipótesis. Y lo serán aún más en el futuro. Cuestiones de historia literaria y social, incluso política, planteamientos de carácter ideológico, referencias a personajes, escritores y poetas de este tiempo, teorías literarias, poética, comentarios a libros, costumbres, tertulias y reuniones en la época de España, vida y costumbres de los *campuses* norteamericanos, vida en EE.UU. y, sobre todo, comentarios a la obra propia, a la obra poética y ensayística de ambos, a la narrativa y al teatro de Salinas.

En este sentido, hay que valorar la generosidad de Andrés Soria Olmedo, que ha realizado un brillante estudio preliminar, pero que no ha querido agotar los muchos temas que estas car-

3 Pedro Salinas, *Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar, El defensor, Ensayos completos*, edición de Soledad Salinas de Marichal, Taurus, Madrid, 1983, vol.III.

4 Christopher Maurer, «Sobre «joven literatura» y política: cartas de Pedro Salinas y de Federico García Lorca», *Estelas, laberintos, nuevas sendas. Unamuno, Valle-Inclán, García Lorca. La guerra civil*, edición de Ángel G. Lourerio, Anthropos, Barcelona, 1988. Y Enric Bou, «Escritura y voz. Las cartas de Pedro Salinas», *Revista de Occidente*, 126, 1991, pp.13-24.

5 Pedro Salinas, *Cartas de amor a Margarita (1912-1915)*, edición de Soledad Salinas de Marichal, Alianza, Madrid, 1984.

6 *Vid.*, por ejemplo, Jorge Guillén. «Aire Nuestro». *Una poética afirmativa de las maravillas concretas de la cotidianidad*, Documentos A, núm.2, Anthropos, Barcelona, 1991. También, Jorge Guillén, Luis Cernuda y Emilio Prados, *Epistolario del 27. Cartas inéditas de ...*, edición de José Luis Cano, Versal, Madrid, 1992, y Francisco Javier Díez de Revenga, «Versos y días levantinos de Jorge Guillén (Notas al epistolario inédito Jorge Guillén— José Ballester)», Simposio sobre *Literatura de Levante*, University of Kentucky, Lexington, 1992.

tas han de suscitar a los estudiosos y han de sugerir a los lectores. El mismo Soria ya publicó previamente algunas monografías que se basan en esta correspondencia⁷, pero aún quedan muchos más aspectos por fortuna para los investigadores, que van a encontrar explicaciones a bastantes dudas y conjeturas en torno a los autores, a sus poesías, a sus modelos y maestros, a sus compañeros de generación, e incluso a toda la época literaria.

Es estimulante hallar ahora una nueva perspectiva, revelada en estas cartas, de asuntos que ya conocíamos, según los habían relatado otros. Recientemente, en el Simposio «Pedro Salinas en el recuerdo», organizado por Enric Bou, en Wellesley College —donde fueron profesores sucesivamente Salinas y Guillén—⁸, Pilar Moraleda, se refirió al estreno de *La fuente del arcángel*, de Salinas, en Nueva York, en 1951, que los lectores del poeta conocíamos según un divertido relato de Dámaso Alonso⁹, pero lo hizo ahora contrastando la versión del ilustre filólogo y poeta con la que Salinas suministra, en una de sus cartas, a su amigo Guillén. Sin conocer uno el texto del otro, por imposibilidad física, las coincidencias son asombrosas, y resulta estimulante —y en este caso, ameno y jovial— advertir cuánto de humano y cuánto de común había entre todos estos escritores amigos, y cuánto de cierto tiene —por lo menos en lo que a ellos se refiere— el término de «generación de la amistad».

No es menos interesante el contingente tan extraordinario de reflexiones sobre la poesía que podemos encontrar en el epistolario, destacable sobre todo aquellas que se refieren a un determinado libro de cualquiera de los dos poetas. Sobresale en este sentido el comentario sobre *Cán-*

tico, cuando el libro está a punto de aparecer en 1928, en el que Salinas pone el libro en relación con la «química» de Valéry: «Sí, química, química. Química sencillísima, natural y eterna». Es la misma química de la que Jorge Guillén había hablado en su famosa «Carta a Fernando Vela», publicada por primera vez completa en *Verso y Prosa*¹⁰, en 1927, y que luego figuraría como «Poética» de Guillén en la *Antología* de Gerardo Diego, en 1932¹¹: «El mismo Valéry me lo repetía, una vez más, cierta mañana en la rue de Villejust. Poesía pura es todo lo que permanece en el poema después de haber eliminado todo lo que no es poesía. Pura es igual a simple químicamente». Es la misma «química» que sería «física» para Azorín, en su reseña de *Cántico*, en la que coincide con los planteamientos que nuestros dos poetas hacen (por cierto, a Salinas no le gustó la reseña de Azorín, según manifiesta a su amigo en una carta inmediata), al considerar los versos de *Cántico* prístinos, sencillos e inmaculados y emocionarse ante la realidad del nuevo libro que le despierta admiración más que por su perfección métrica —aspecto secundario, según Azorín— por su perfección física. «¡La física de un gran poeta lírico! La física de nuestro Jorge Guillén en su libro reciente —tan bellamente editado— *Cántico*. La manera como se dan los planos y las interferencias en los versos de Jorge Guillén. Física singular, originalísima, la del poeta lírico moderno. Física que no es la de Garcilaso, ni la de Góngora. Un verso nuevo, tal como lo ve la inteligencia moderna, se refleja en estos versos, tan lípidos de Jorge Guillén.»¹² Curiosa interferencia del mundo de las ciencias naturales o experimentales en el mundo de la literatura, producto, sin duda, del gusto por la técnica y la modernidad que en estos años entusiasmaba a Azorín y a la «joven literatura».

No vamos a referirnos en este comentario,

7 Andrés Soria Olmedo, «Pedro Salinas: el exilio, los ensayos, las cartas», 1616. *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, VI-VIII, 1988, pp. 219-224; Melchor Fernández Almagro en el epistolario Salinas-Guillén», *Homenaje al Profesor Antonio Gallego Morell*, Universidad de Granada, Granada, 1989, III, pp. 245-250 y «El Rubén Darío de Salinas», *Ínsula*, 540, 1991, pp.18-19, entre otros.

8 *Pedro Salinas en el recuerdo*, Simposio internacional, Spanish Department, Wellesley College, Wellesley, Massachusetts, 22-24 octubre 1992.

9 Dámaso Alonso, «Con Pedro Salinas», *Clavileño*, 11, 1951. También en *Poetas españoles contemporáneos*, Gredos, Madrid, 1969, pp. 189-200, y en *Pedro Salinas*, edición de Andrew P. Debicki, Taurus, Madrid, 1976, pp. 53-60.

10 Jorge Guillén, «Epistolario. Carta citada fragmentariamente por Fernando Vela en su ensayo sobre «La poesía pura» (*Revista de Occidente*, noviembre 1926)», *Verso y Prosa*, 2, febrero, 1927, p.2. *Vid. Verso y Prosa (Boletín de la joven literatura)*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Chys Galería de Arte, Murcia, 1976.

11 Gerardo Diego, *Poesía española contemporánea. Antología* edición de Andrés Soria Olmedo, Taurus, Madrid, 1991, p.403-404.

12 Azorín, «Lírica española: época», *ABC*, 17 de enero 1929. También en *Jorge Guillén*, edición de Biruté Ciplijauskaitė, Taurus, Madrid, 1975.

que no hace sino aplaudir la aparición del libro, a otros muchos aspectos que nos sugiere. Tiempo habrá de utilizar esta correspondencia como fuente para el conocimiento de una etapa singular en la historia de nuestra poesía y de nuestra literatura. Preferimos ahora dejar constancia de nuestra gratitud como lectores hacia aquellos que han hecho posible que vea la luz, no sólo con su autorización preceptiva —Biblioteca Houghton y familias Salinas y Guillén—, sino a quienes como Jaime Salinas y Claudio Guillén han procurado que este libro viera la luz en una edición tan correcta y digna, tan noble y generosa, dirigida por un editor de lujo, cuyos trabajos sobre los poetas de la «joven literatura» son, como ahora se dice, de referencia: Alberti, Lorca, Gerardo Diego, Salinas, Guillén y tantos otros se han beneficiado de su buen hacer y de su capacidad investigadora.

Por todo ello, hay que realizar, finalmente, una valoración totalmente positiva del trabajo realizado por Andrés Soria Olmedo. En el estudio preliminar nos han informado de la situación de las cartas y ha valorado su interés para el conocimiento de todo un período literario. Pero no se ha contentado con ello. Ha realizado una interesante exégesis de la carta y de los epistolarios como género y ha mostrado su valor como comunicación humana y cultural. Y, a partir de ahí, ha realizado un estudio de las dos etapas que es posible distinguir en este epistolario, valorando situaciones y anunciando posibilidades de nuevas investigaciones. Debemos referirnos también a su trabajo como seleccionador del epistolario, cuyo alcance hemos de aprobar con un voto de confianza, ya que, si bien conocemos lo que se ha publicado, desconocemos lo que se ha dejado de publicar, aunque aceptamos que las cartas que nos ha ofrecido son las más literarias. Porque está claro que sólo leemos una parte de la correspondencia. De Salinas hay en Harvard 358 cartas (de las que se seleccionan 147), y de Guillén se conservan 222 (de las que podemos leer 79). Pero son exigencias del oficio y del espacio, ya que hay que reconocer que la editorial ha llevado a cabo un gran esfuerzo. Por último, nos referimos a las notas al epistolario. Destacan por su profusión y carácter informativo, y, aunque el propio Soria confiesa sus difi-

cultades a la hora de precisar tan numerosos datos, hay que destacar que son bastante completas. Pero la puerta, como ya anunciamos, sigue abierta a nuevas investigaciones que completen datos y referencias. Y así lo proclama el editor y nosotros con él: «...forse altri canterà».

OSCURA VOZ



Antonio Marín Albalate

Barro. Grupo Poético. Sevilla

SANTIAGO DELGADO

MARÍN Albalate es poeta perteneciente a esa maldita estirpe de los Beaudelaire, Rimbaud...; o, más cercanamente, de la de nuestro Carlos Edmundo de Ory. Su verso, desnudo de puntuación y desnudamente sintagmático, expresa el dolor, la soledad y la orfandad del erotismo puro como quizá postularan —en caso de oficiar de preceptistas— los antecitados escritores. Antonio ha sabido decantar ese ímpetu juvenil del primer poema dolorido, a través de los filtros de una adultez desencantada: la suya propia. Pero se trata de una decantación depuradora, no excluyente. Por ello, lejos de abandonar el treno del balbuceo adolescente que invoca a los manes del Averno para hacer exhibición de sus llagas anímicas, el poeta ahonda, cual insomne arqueólogo de sí mismo, en el atormentado yacimiento de su propio ser humano. Allí encuentra una veta de insatisfacción legítima, no ficticia o inventada por ninguna voluntad de estilo. Esta firmeza, de raigambre vallejiana, le lleva a adoptar una cierta expresión de surrealismo, bien que domesticada por el duro látigo de su fuerza literaria. El inteligente diálogo con las citas, justo a un paso de la frontera de la receta snob, proporciona al libro credencial de tradición fidedigna, cabal, para cuanto postula.

Pero ocurre que el mensaje, a veces, ahoga a la poesía. El autor no encierra a su poesía en el verso. Ocurre al revés. El estro poético desborda la consciencia expresiva del poeta. Quizás haya de ser ésta la condición de quien abre caminos al arte poético. ¿Quién sabe? Puede, incluso,